

tumbran las mujeres: ¿no es verdad que Alberto te arrebató y perdió el trompo? Es probable que Juancito haga una formal acusación contra Alberto, no por maldad, sino porque la índole de la pregunta le sugerirá la realidad del hecho supuesto.

Pero, á pesar de todo, no es posible negar que las criaturas poseen el don de mentir, aún á sabiendas, como en el siguiente caso.

Algo ha desaparecido y se trata de averiguar cuál de dos chiquillos, sindicados presuntos autores, es el culpable.

La dueña de casa explica, que el pecador conserva las señales de su delito en la lengua y les ordena que la exhiban. Ambas criaturas se apresuran á responder á este juicio de Dios, y una de ellas, nena de seis años, estira sin ningún reparo una lengua increíblemente larga. Después de muchísimo trabajo se logra saber que ella es la culpable.

Pocos días después ocurre un episodio semejante, y la misma nena, también delincuente, declara en su descargo, con toda espontaneidad, que está dispuesta á jurar delante de Dios, para probar su inocencia.

Habría que agregar que los niños son generalmente curiosos y repetidores de lo que ven y oyen, interpretándolo á su modo y convirtiéndose así en constante peligro para las personas que viven á su lado.

Esa inocencia infantil de que hablan los poetas es, por consiguiente, un mito.

La observación demuestra que el niño es astuto y taimado. No hay que confundir la inocencia con la ignorancia propia de la niñez y no pocas veces de la edad madura.

Los pequeños ángeles de cabezas rubias y morenas, gozan gratuitamente de un hermoso epíteto, que no les corresponde. A pesar de la poesía, los verdaderos ángeles que se encuentran sobre la tierra, son casi siempre mayores de edad.

Pero de todos modos, hay que amar á los niños, porque son el paso obligado de la humanidad, porque son ó serán nuestros hijos, porque en definitiva, son nuestros predecesores y sucesores.

Tratemos siempre, sin embargo, de huir de la vecindad de aquellos hombres y mujeres que se conservan demasiado niños, aun cuando estén dotados de inocencia y posean adorables cabecitas rubias ó morenas.

CARLOS BAIRES

Orlas de J. PASSOS.



EN TOILETTE.

Fot. J. Laurent y C.^a

La otra mañana, á Ruperto
tal desmayo le cogió
en la calle, que pensó
allí desplomarse muerto.

Mas, por suerte, al lado había
un Consultorio famoso;
y, entrando en él, tembloroso
y con cara de agonía,

exclamó, frente al Doctor
que al paso acertó á salir:

—¡Señor, me siento morir!
¡Sálveme usted, por favor!

—¿Qué pasa?—con bronco acento
preguntó el galeno al punto.

—Pues, pasa que estoy difunto.—
Y tomó en un banco asiento.

—Padezco,—añadió el cuitado,—
debilidad general.

Hay día que, por mi mal,
apenas pruebo bocado.

El Doctor la frente toca
á Ruperto, en el instante;
le toma el pulso, anhelante,
y le examina la boca.

Y, arrugando el entrecejo,
le replica sin piedad:

—Es grave su enfermedad.
¡Quizás le cueste el pellejo!

Asustóse nuestro hombre
al escuchar tal noticia.

Pero, el Doctor, con pericia,
le dijo:—No se me asombre;

que aunque el mal que sufre, sea
de los que causan más daño,
nuestra ciencia ofrece, hogaño,
para todo, panacea.

Llega á tiempo, y lo celebros;
pues curaré la lesión
que tiene en el corazón,
y la anemia del cerebro.

Le encuentro el pulso alterado;
su piel, aunque helada, suda;
el estómago, sin duda,
lo lleva desarreglado.

—Eso, sí, señor Doctor;
¡lo del estómago es cierto!—
repuso el pobre Ruperto,
casi lanzando un clamor.

—¡Está muy bien!—con secreta
satisfacción, dijo el sabio;
y, sonriendo su labio,
trazó una breve receta.

—Tome usted; aquí conjuro
su feroz padecimiento.
Es un magnífico ungüento...
¡y no vale más que un duro!

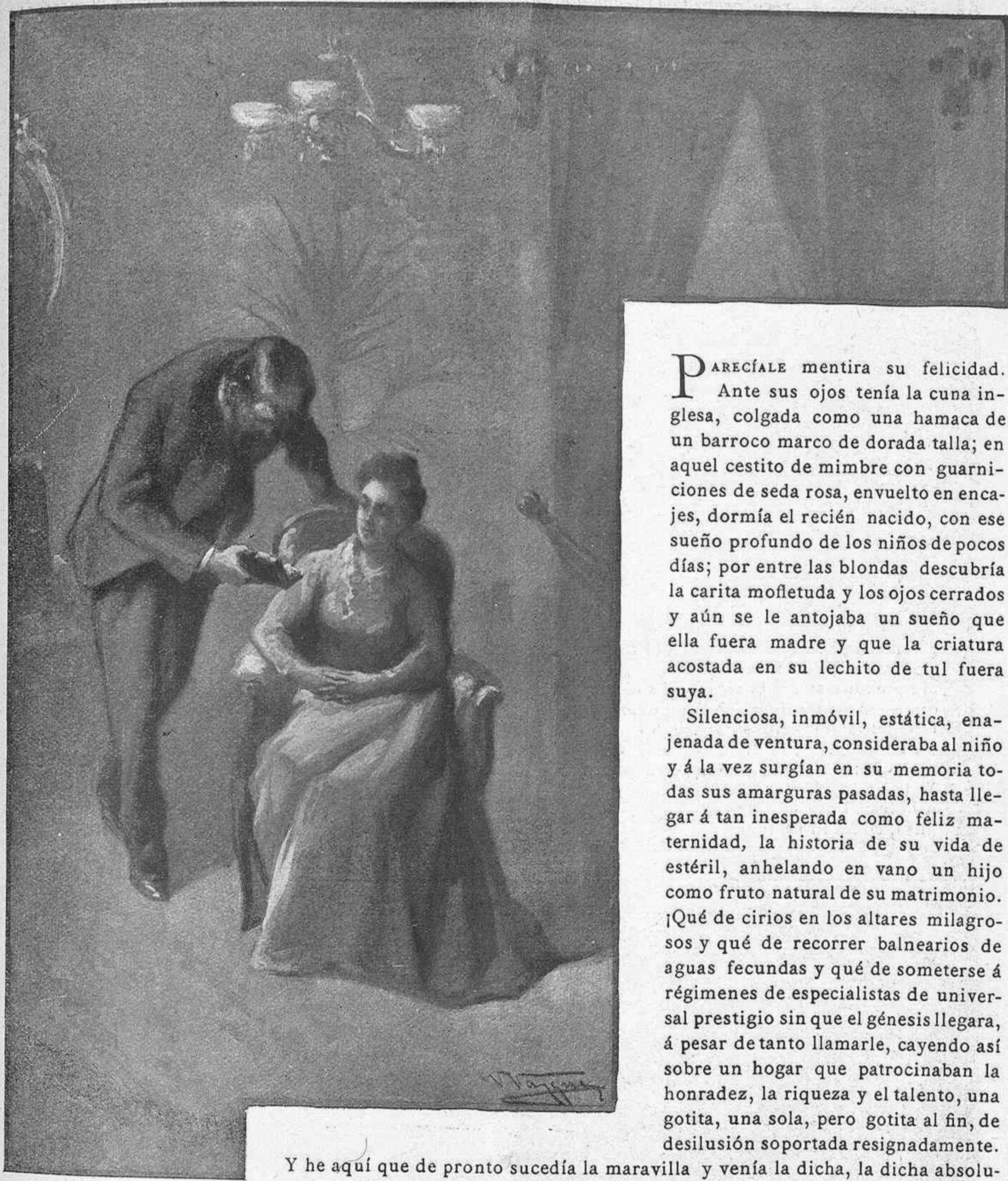
—¡Un duro!—el otro exclamó!—
¡Un duro!... ¡Cien perros chicos!...
Es su ciencia para ricos...
Con menos me curo yo.

Pues, sepa usted, sin falsías,
que todo mi mal está
en que soy cesante, y ya
no he comido hace dos días.

Déjese usted de recetas,
porque lo que tengo es hambre...
¿Tiene á mano algún fiambre?...
¿Puede darme dos pesetas?...

José DE SILES

EL HIJO TARDÍO



PARECÍALE mentira su felicidad. Ante sus ojos tenía la cuna inglesa, colgada como una hamaca de un barroco marco de dorada talla; en aquel cestito de mimbre con guarniciones de seda rosa, envuelto en encajes, dormía el recién nacido, con ese sueño profundo de los niños de pocos días; por entre las blondas descubría la carita mofletuda y los ojos cerrados y aún se le antojaba un sueño que ella fuera madre y que la criatura acostada en su lechito de tul fuera suya.

Silenciosa, inmóvil, estática, enajenada de ventura, consideraba al niño y á la vez surgían en su memoria todas sus amarguras pasadas, hasta llegar á tan inesperada como feliz maternidad, la historia de su vida de estéril, anhelando en vano un hijo como fruto natural de su matrimonio. ¡Qué de cirios en los altares milagrosos y qué de recorrer balnearios de aguas fecundas y qué de someterse á regímenes de especialistas de universal prestigio sin que el génesis llegara, á pesar de tanto llamarle, cayendo así sobre un hogar que patrocinaban la honradez, la riqueza y el talento, una gotita, una sola, pero gotita al fin, de desilusión soportada resignadamente.

Y he aquí que de pronto sucedía la maravilla y venía la dicha, la dicha absoluta, una dicha como no pudo nunca imaginarla no obstante presentirla en su instinto de mujer.

Y he aquí que el tranvía que pasaba hizo retemblar los cristales, despertando al niño que rompió á llorar y que su madre acalló en seguida en su seno.

* * *

Ha pasado un año, llegando la fecha solemne de vestir de corto al niño, y su madre examina el ajuar del mamoncillo, medio metro de tela en junto, repartido en un par de vestiditos que podían servir para las figurillas de porcelana colocadas sobre la chimenea del gabinete. El rollo de manteca ha crecido y ya no duerme en la cuna, duerme en una cama microscópica que asoma en la alcoba contigua, entreabierta.

El esposo, el feliz esposo, entra en el gabinete trayendo en la mano un estuche de piel en que se adivina una alhaja. Y una alhaja es, una pulsera simbólica, en que aparece grabada la fecha del primer aniversario del niño. La madre recibe el presente con deliquio, agradeciéndolo con una mirada cariñosa, pero la que ensombrece la nube de una preocupación.

—¿No estás contenta?

La esposa contesta clavando sus ojos con cariño, primero en la alcoba, luego en su marido y levantándose después uno de los bandos del peinado, muestra un pequeño mechón de canas, sus cuarenta años, que reclaman sus derechos.

—Mira—exclama apesadumbrada.—No te puedes figurar con cuánta pena las he descubierto. Y no por mí, por él, por nuestro hijo. Soy feliz, completamente feliz, ¿cómo no, si al fin Dios oyó mis ruegos? Pero ¡nunca está uno contento con su suerte! ¡Ha venido tan tardel Yo soñaba con un hijo, ya lo tengo y ahora lo que me apena es que cuando llegue á la edad en que uno se da cuenta de las cosas, no vea una madre fresca y joven sino una madre caduca, con la cabeza blanca.

ALFONSO PÉREZ NIEVA

Ilustraciones de NICANOR VÁZQUEZ.

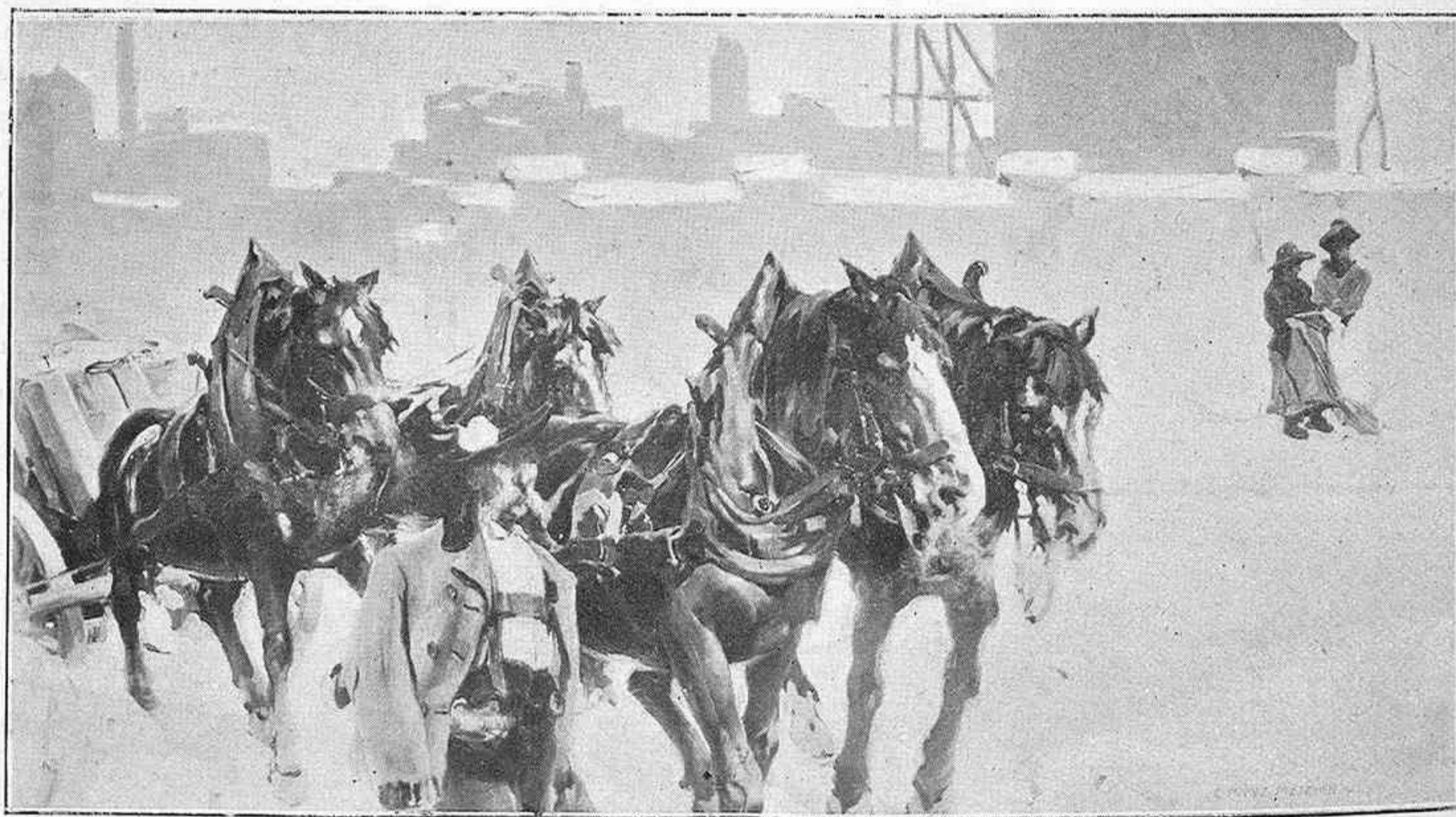


MADRIGAL

¿Recuerdas? Silencioso estaba el huerto.
Con voz entrecortada,
me preguntaste, ruborosa:—¿Es cierto
que siempre me amarás? Y, emocionada,
tomando del precioso cucurucho
un bombón, me lo diste
diciendo:—Yo también te querré mucho.
Y, bajando los ojos, sonreíste.
A la boca llevé el dulce exquisito,
pues, como tú no ignoras,

me gustan los bombones infinito
y aún más, ángel bendito,
si, al dármele, me dices que me adoras.
Pero, al tocar mis labios, no de almíbar
parecióme el bombón, sino de acíbar.
¿Que la causa no puedes explicarte?
¡Tontal ¿No la supones?
¡Cómo no hallar amargos los bombones
si acababa, amor mío, de besarte!

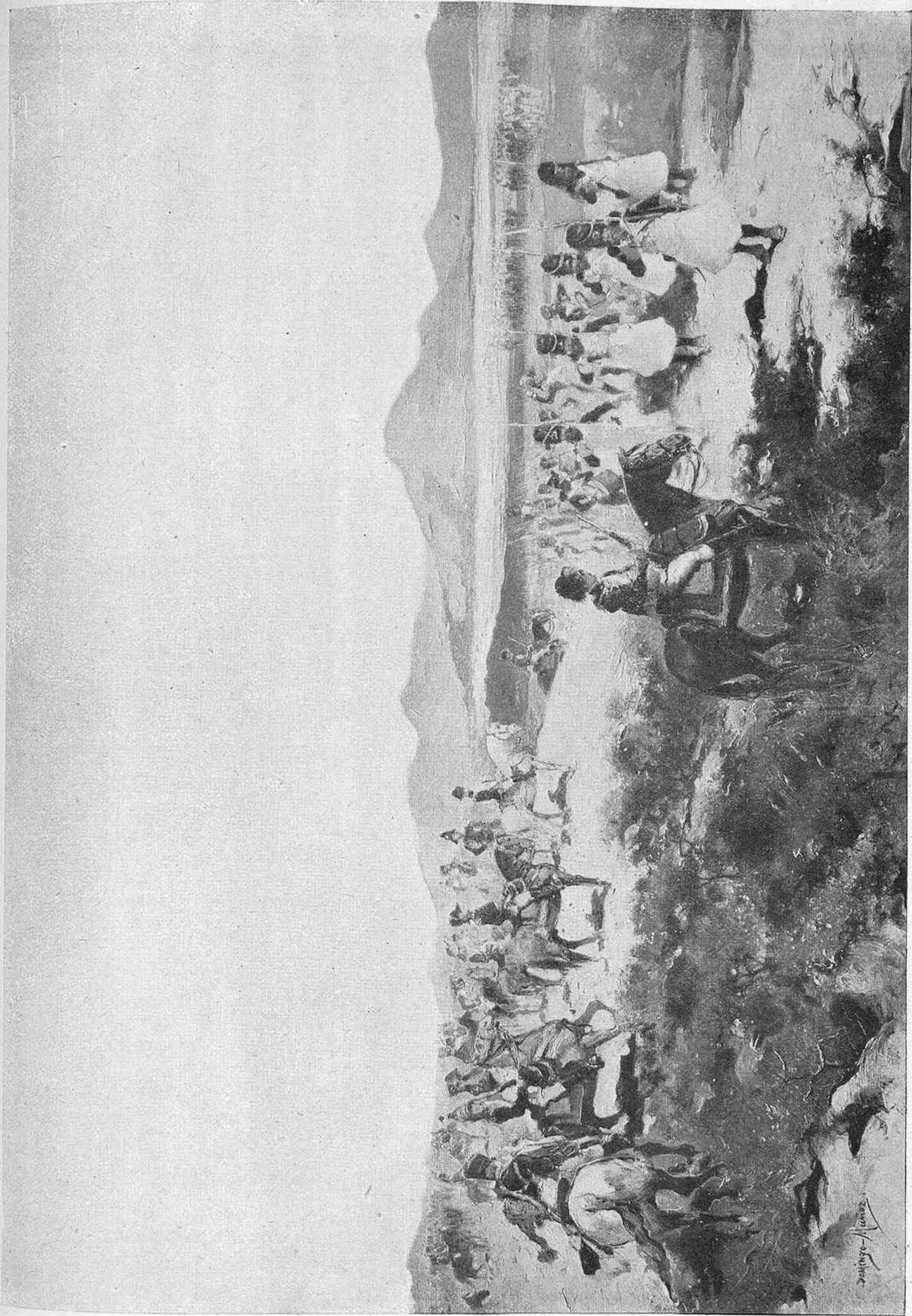
VICENTE NICOLAU ROIG



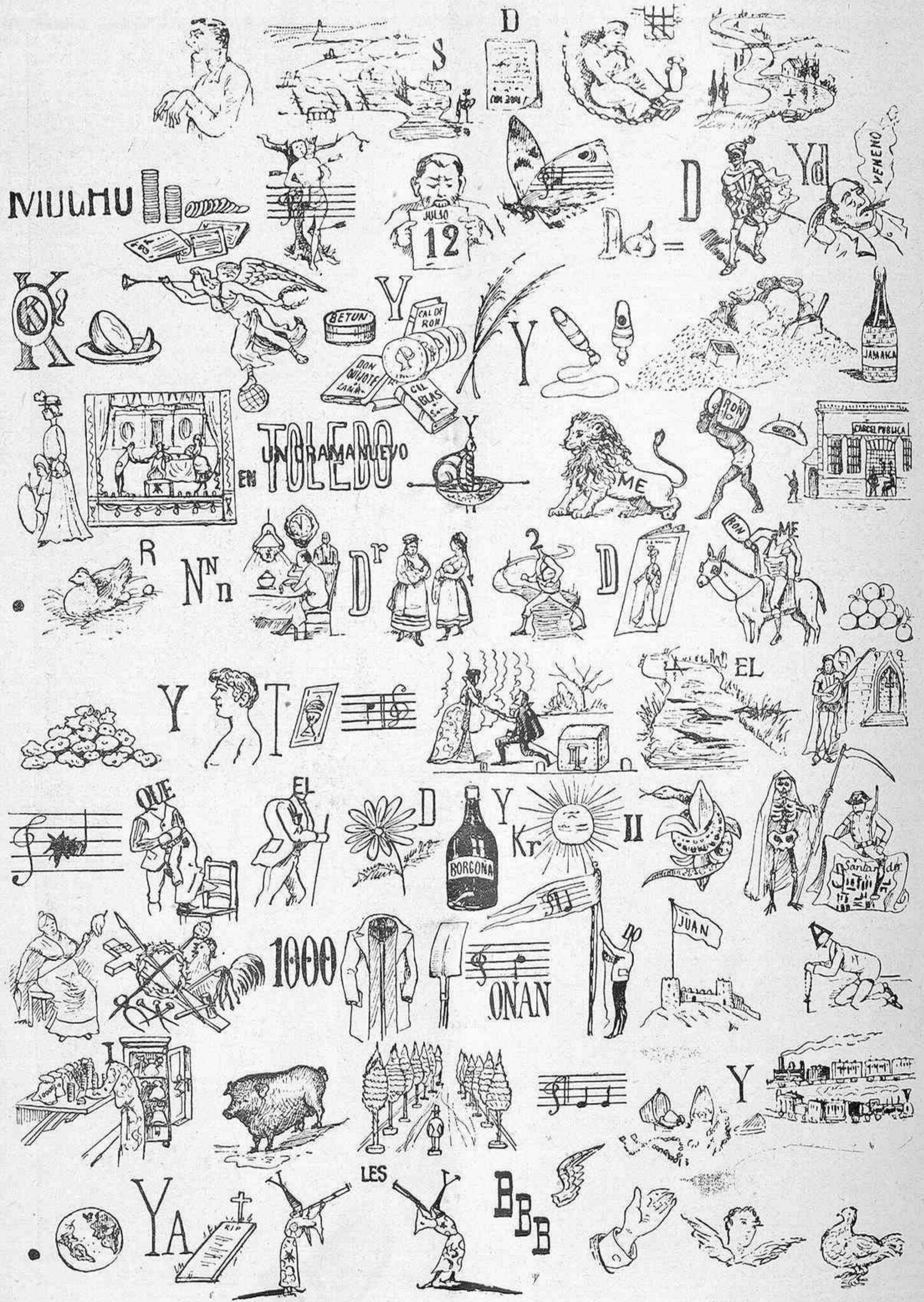
EL INVIERNO EN MUNICH — Cuadro de ENRIQUE MARTÍNEZ RUÍZ.

Segunda medalla en la actual Exposición Nacional de Bellas Artes.

Fot. de Hijos de Mateu.



NAPOLEÓN Y SU ESTADO MAYOR.

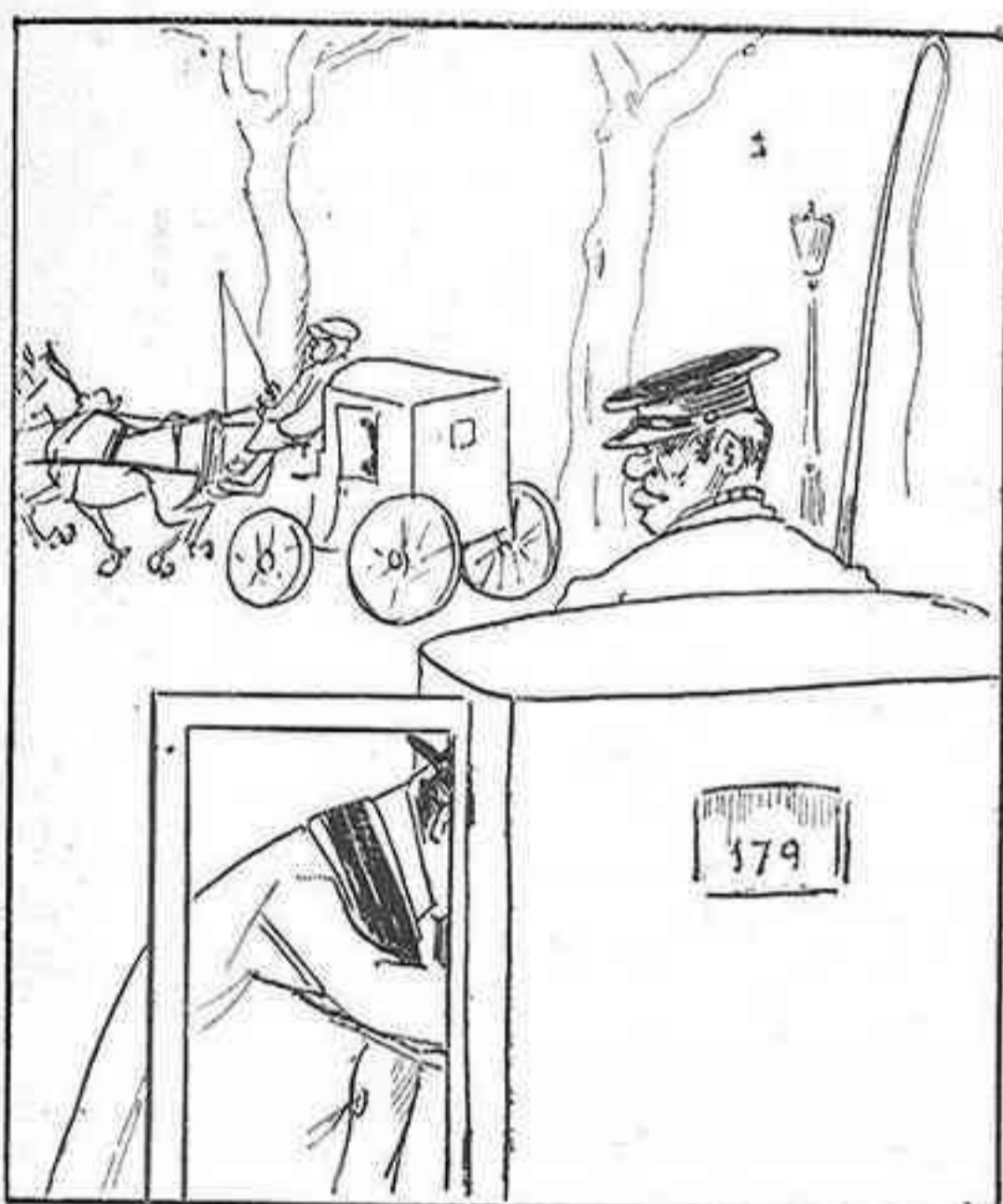




1.—¡Vaya un cuerpo!



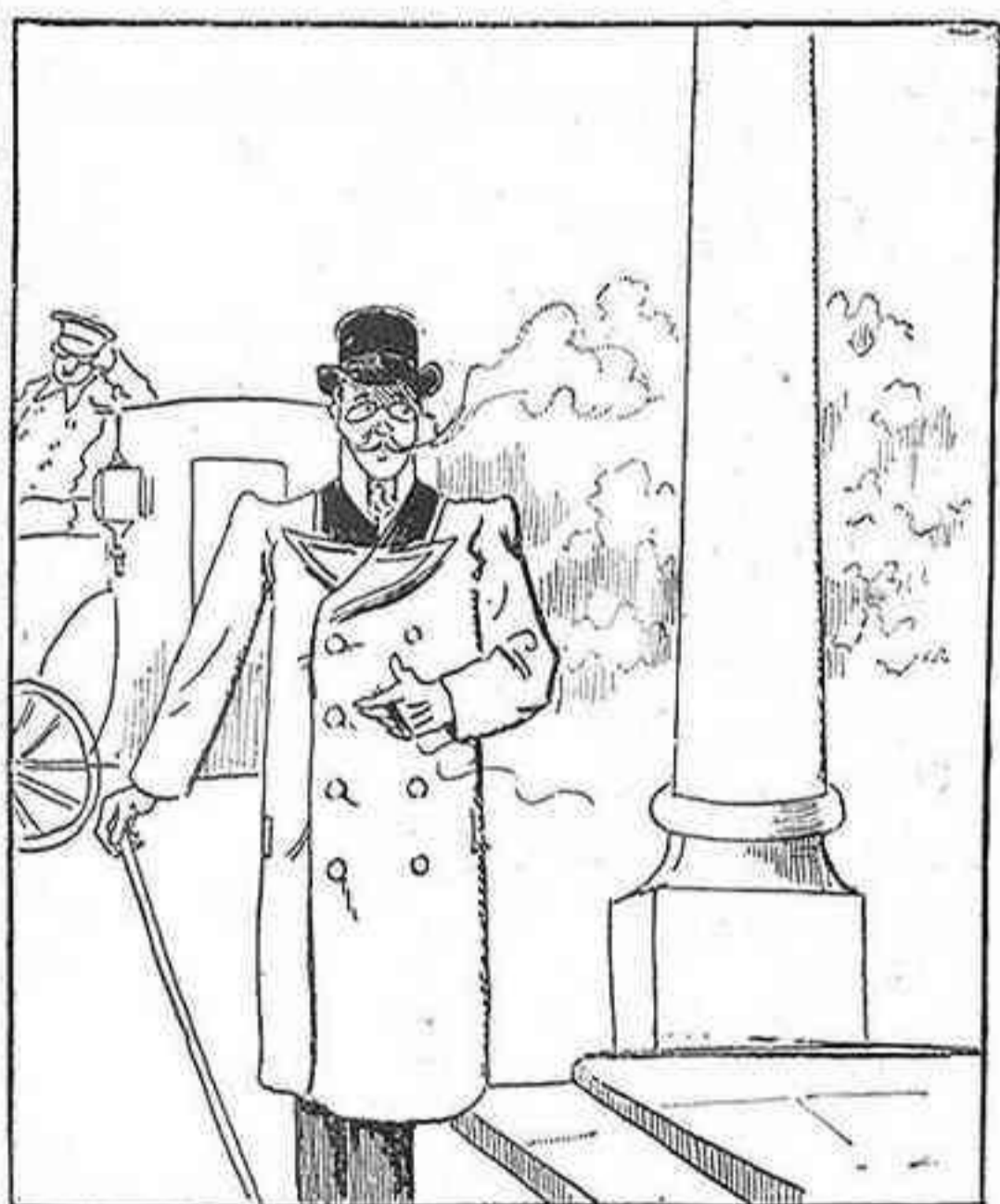
2.—La seguiré, y cuidado que llevamos andados ya tres kilómetros.



3.—¿Toma coche? Pues yo otro. ¡Oye! no pierdas de vista aquel carruaje.



4.—¡Por vida de Dios! ¡Las mesas de enfrente ocupadas, y yo sin poderle ver el rostro!



5.—Creo lo más conveniente aguardarla á la salida del Hotel y así...



6.— ¡¡Cielos!! ¡¡Vaya un molde de hacer cretas!!

WASSERBURY

DEL

DR

BRYR

Elixir de éxito seguro
para curar y evitar
el MAREO

Pelayo 6 bis Barcelona

Cartel anunciador del «Elixir contra el mareo», del doctor Bryr.— Barcelona.